

LAS NECESIDADES DE NUESTRAS GENTES

En nuestro continente, desde los países más pobres y con un menor desarrollo social y económico hasta los más desarrollados y prósperos, las necesidades más perentorias convergen en dos áreas fundamentales: educación y salud. Todas las otras áreas que los estamentos políticos y de planificación suelen considerar deben ser listados con una prioridad menor, y los presupuestos asignados en concordancia. Si bien muchos relacionan a los niveles de calidad alcanzados en educación y salud con el producto interno bruto y otros parámetros económicos del respectivo país, no son éstos, los indicadores económicos, sino aquellas, educación y salud, las que resultan determinantes de la capacidad de trabajo productivo de hombres y mujeres. El progreso, la cultura y el desarrollo resultan de ese trabajo.

Sin un adecuado desarrollo del sector salud, vista ésta en un sentido integral, incluyente de la atención preventiva y curativa, así como de la seguridad social de la población, condiciones ambientales apropiadas y, en general, la calidad de vida del ciudadano, no es posible hablar de una sociedad desarrollada. No obstante, países considerados entre los más 'desarrollados' cuentan con una sociedad muy poco desarrollada en este sentido.

Ciertamente, el nivel de desarrollo de un país se relaciona estrechamente con sus capacidades productivas, sea de bienes tangibles y riqueza, o de valores culturales y morales, y ello depende estrechamente de la formación de su población. Mientras mayor sea el número de personas incluidas en el proceso educativo y mejor sea la calidad de esa educación, mayor será y más perdurará la capacidad productiva de una sociedad.

Educación científica y educación humanística son ambas igualmente importantes, aunque el avasallante progreso tecnológico que tiene lugar en estos tiempos hace parecer a la primera de ellas como la estrella. El progreso del hombre como un ente social requiere no solamente del necesario

alimento y vestido, de comodidades y de maquinarias, sino que requiere de una formación ciudadana que le permita al individuo integrar una sociedad avanzada.

La utilización racional de los recursos naturales también constituye un camino para lograr bienestar. Pero ello requiere de su explotación inteligente, para lo que hay que formar los recursos humanos necesarios. Si los administradores del rendimiento de tales recursos, es decir los gobiernos, no logran establecer niveles adecuados de educación y salud en sus pueblos, a largo plazo el recurso natural y los beneficios obtenidos se esfuman y poco o nada queda. No son escasos los ejemplos, a lo largo de nuestra historia, del despilfarro de recursos, generalmente causado por falta de conocimiento y también por una ética ciudadana bizarra, plagado de corrupción.

Por circunstancias que no pueden ser consideradas ni extraordinarias ni fortuitas, desde las guerras de independencias ningún país de nuestra región ha luchado militarmente con otro, exceptuando discretas intervenciones de corta duración. Por otra parte, las luchas y conflictos internos, así como la criminalidad, han producido decenas de millares de víctimas al interior de varios de nuestros países. Las probabilidades de que cualquier nación pueda triunfar en una confrontación militar con las grandes potencias son nulas. Por ello, las inversiones en armamentos solamente son efectivas para amenazar a los pueblos dentro de los propios países y para mantener tranquilas a las fuerzas armadas. El manifiesto espíritu pacifista de las naciones de la región siempre ha evitado los conflictos armados entre ellos.

No es posible dejar de considerar que la industria armamentista constituye una importante fuente de trabajo e inversión económicamente productiva. Sin embargo, no son las armas y la capacidad bélica las que determinan el bienestar de los pueblos. Por el contrario, nutren las estadísticas de lixiados y fallecidos. El nivel educativo y de salud y bienestar de un pueblo jamás mejoran con la guerra.

MIGUEL LAUFER
Director